

WALKER, Charles (2015).  
*La rebelión de Tupac Amaru*. Lima: IEP.

**Raul MARCELO DOROTEO**  
 Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
 cesarraulmado@gmail.com

Tupac Amaru y Micaela Bastidas compartían el poder, adulándose mutuamente y confiando el uno en el otro. Mientras que Tupac Amaru era el líder que proclamaba discursos y firmaba la mayoría de los documentos, Micaela manejaba el campamento rebelde y supervisaba las provisiones. (Walker, 2015: 71)

**S**obre la rebelión tupacamarista del siglo XVIII se han escrito muchos libros y artículos. Unos se caracterizan por constituirse en apologías de la rebelión, pero otros son eminentemente de divulgación académica. El texto de Walker que reseño –uno más de esa abundante y plural bibliografía– es, por supuesto, un escrito de corte académico.

El texto *La rebelión de Tupac Amaru* está compuesto por 12 capítulos. En ellos se narra, secuencialmente, el proceso de la rebelión del siglo XVIII, que va desde el alzamiento armado de los seguidores de Tupac Amaru hasta la resistencia y posterior derrota de los adictos a Tupac Katari, en el Altiplano boliviano. Estas dos fases –quechua y aimara– de la rebelión remecieron el piso del poder colonial español e introdujeron zozobra y tensiones en la vivencia de los colonizadores. El texto termina explicando las repercusiones de la rebelión en la vida cotidiana de los pueblos andinos y en la estructura colonial española.

Walker narra con lenguaje sencillo y de forma amena las formas de organización tanto de las fuerzas rebeldes (comandadas por Tupac Amaru, Tupac Katari, Julián Apaza y Diego Cristóbal) como del Ejército español. Su principal fuente de información son los archivos, que analiza rigurosamente para luego dar cuenta de las peripecias cotidianas, los anhelos y los temores de ambos bandos durante la contienda.

El epígrafe con el que inicio esta reseña hace justicia a las luchas femeninas, hoy en expansión. Como se puede advertir en la cita, tanto el poder como el liderazgo de la rebelión andina del siglo XVIII recaían, de forma equilibrada, en las manos de Tupac Amaru II y de Micaela Bastida. Se estableció un reparto de oficios para



enfrentar al enemigo. Con esta afirmación, Walker da a entender que, en el siglo en el que se produce la rebelión andina, existía un equilibrio de poder entre ambos géneros (lo que hoy se llama igualdad de género y por lo cual muchas mujeres luchan). El mencionado equilibrio de poder entre ambos géneros está sustentado, minuciosamente, en la revisión de cartas intercambiadas entre Micaela y Tupac Amaru.

Sin embargo, desde la perspectiva de la igualdad de género, el título del libro no es tan justo, puesto que no alude a Micaela, quien queda así relegada del liderazgo. Además, aunque se tomara en cuenta el nombre de Micaela en el título del texto, seguiría siendo injusto que no se aluda a los "otros" (la población indígena que formó parte del ejército de Tupac Amaru), rebeldes quechua-hablantes que fueron muy activos y sagaces durante cada una de las tácticas trazadas para atacar al enemigo español. Por tanto, la narrativa no solo implica aludir a los líderes de la rebelión ni es solo es cuestión de género, sino también de reconocer como actores activos y con capacidad racional a quienes constituyeron la tropa de los ejércitos enfrentados. Esto último se verifica en el texto de Walker, pero en mínima proporción.

El autor presta particular atención a por qué y cómo la violencia se intensificó con el pasar del tiempo. Sostiene que, al inicio de la rebelión, los insurrectos andinos asesinaban selectivamente: los "blancos" principales a ser aniquilados, para Tupac Amaru y la guerrilla indígena, fueron los corregidores, puesto que eran la cara visible del poder colonial en las zonas rurales. Así pues, existía cierta neutralidad hacia otros sectores sociales; pero esa neutralidad se esfumó a medida que el tiempo avanzaba y la rebelión se extendía por el sur andino; entonces, la violencia ya no tuvo límites, tal como lo demostraron ambas partes. Por un lado, los españoles mataban cruelmente a los rebeldes indígenas: eran degollados y sus cabezas exhibidas. También eran torturados antes de que les llegara la muerte; el más claro ejemplo de esto puede advertirse en cómo exterminaron a la familia de Micaela y Tupac Amaru en la plaza principal del Cuzco. Sin embargo, la crueldad también se exacerbó del lado de los insurrectos quechuas y aimaras, quienes ultimaban cruelmente a toda persona blanca o que vistiese ropa hispana. Asimismo, mataron a sus pares quechuas y aimara que habían optado por formar parte de los realistas españoles. En suma, fue una guerra civil cruel.

Walker sostiene que la violencia se desbordó por tres motivos específicos: liderazgo, cronología y geografía. Indica que, en la insurrección tupacamarista, existía una mayor cohesión: los andinos actuaban en función de lo indicado por sus líderes, quienes patentemente buscaban controlar las acciones de los rebeldes: los "líderes y seguidores constantemente negocia[ba]n los términos de su relación y los caminos de la guerra" (p. 27). Pero esto no sucedió en la rebelión aimara, con los seguidores de Tupac Katari: los líderes perdieron el control de sus tropas. Esto se debió a que, en el Altiplano, había mayor autonomía y poca presencia colonial; por tal razón, surgieron tres tipos de insurgentes: "aquellos vinculados con Tupac Amaru (que posteriormente fueron dirigidos por Diego Cristóbal); aquellos alineados con los kataristas; y aquellos más independientes, que reconocieron a uno o ambos grupos rebeldes, pero permanecieron autónomos. [...] estos rebeldes autónomos buscaron exterminar más que derrotar y desarmar a los enemigos" (p. 188).

En su análisis, Walker presenta a la Iglesia católica, liderada por el criollo Moscoso y Peralta, jugando un papel protagónico en la guerra. Antes de la insurrección, Moscoso parecía estar próximo a Tupac Amaru dado que, con la Reforma Borbónica,<sup>1</sup> los integrantes de la Iglesia también fueron marginados, al igual que criollos y mestizos. Sin embargo, cuando estalló la rebelión, tanto la Iglesia como Moscoso tomaron partido a favor de la Corona española y enfrentaron a los insurrectos. Su primera medida fue la excomulgación de Tupac Amaru, con el fin de ahuyentar a los andinos del círculo tupacamarista. Esta decisión fue tomada a sabiendas de que la población andina era hondamente católica. A esta lucha simbólica, los miembros de la Iglesia añadieron una serie de adjetivaciones destinadas a los insurrectos, a quienes se calificaba de bestias, incivilizados y aun profanos. Estas medidas fueron contestadas por los rebeldes también mediante una lucha simbólica: Tupac Amaru y Micaela ordenaron a sus rebeldes que portaran una cruz en sus sombreros. Por consiguiente, la lucha se desarrolló tanto en la acción militar como en el campo simbólico.

La otra idea importante discutida por Walker –que debería convertirse en una línea de investigación de mayor profundidad– apunta que, al interior del Ejército realista, durante el proceso de guerra, hubo dos bandos antagónicos: el bando de Areche y Mata Linares, quienes apostaban por el exterminio de los andinos y la prohibición de toda manifestación cultural andina; y el bando liderado por el cura Moscoso y del Valle, quien se inclinaba por una salida negociada al conflicto armado. Lo mismo sucedía en el lado andino (quechuas y aimaras): Tupac Amaru buscó convencer a la plebe andina de la ciudad del Cuzco, a criollos, mestizos e incluso a la Iglesia, de que formaran parte de su proyecto; en cambio, lo contrario sucedió en la rebelión aimara, pues los andinos del Altiplano mataron a los Kurakas que apoyaban a los realistas, así como persiguieron y eliminaron a criollos y mestizos. Incluso cuando Diego Cristóbal prosiguió con la rebelión, después de la muerte de Tupac Amaru, y los españoles acordaron deponer las armas, esto fue rechazado en las comunidades del valle de Vilcanota, cuyos miembros permanecieron levantados en armas. Todos estos apasionantes sucesos son narrados minuciosamente a lo largo del texto, resaltando su importancia para la historia.

El texto de Walker, además, es recomendable por el contenido, la metodología y la forma narrativa empleada a partir de la cuidadosa revisión de documentos del siglo XVIII. Dicha metodología de investigación y forma narrativa, por ejemplo, deberían ser referenciales a la hora de abordar académicamente el tema del conflicto armado de los años 1980-2000 acaecido en el Perú.

1 Fueron medidas aplicadas por la corona española en sus colonias, con el fin de reestructurar y modernizar la efectividad de su dominio (John Fisher, *El Perú Borbónico, 1750-1824*, Lima: IEP Ediciones, 2000).